

Y madama de D... escribió al príncipe de Monaco que había vuelto á entrar en posesion de sus estados.

El 25 de febrero de 1815, tres días despues de haber recibido esta noticia el príncipe de Monaco hizo tomar caballos de posta, y emprendió el camino de su principado.

Al llegar al golfo Juan encontró el camino cerrado por dos piezas de artillería. Como se aproximaba á sus estados el príncipe de Monaco alborotó mucho por aquel embarazo que le detenía, y ordenó al postillon que mandase echar á un lado los cañones, y que pasase adelante.

El postillon respondió al príncipe que los artilleros desenganchaban sus caballos.

El príncipe de Monaco se bajó de su carruaje para dar de bastonazos á los artilleros, jurando entre dientes que si llegaban á pasar por su principado los haría ahorcar.

Detrás de los artilleros había un hombre vestido de general.

—¡Toma! ¿sois vos, Monaco? dijo al ver al príncipe, el hombre con traje de general, dejad pasar al príncipe, añadió dirigiéndose á los artilleros que le impedían el paso, es un amigo.

El príncipe de Monaco se restregó los ojos

—¡Cómo! ¿sois vos, Dronet? le dijo.

—El mismo, mi querido príncipe.

—Pues yo os creía en la isla de Elba con el emperador.

—Si, allí estábamos, en efecto, pero hemos venido á dar una vueltecita á Francia. ¿No es verdad, mariscal?

—¡Toma! ¿Sois vos, Monaco? dijo el recién llegado. ¿Y cómo os va, mi querido príncipe?

El príncipe de Monaco se restregó los ojos segunda vez.

—¿Y vos también, mariscal, le dijo, habeis abandonado la isla de Elba.

—Si, mi querido príncipe, ¡vive Dios! respondió Bertrand: no nos sentaba aquel aire para la salud, y hemos venido á respirar el de Francia.

—¿Qué hay, señores? dijo una voz clara é imperativa, ante la cual se abrió el grupo que rodeaba al príncipe.

—¡Ah! ¿sois vos, Monaco? dijo la misma voz.

El príncipe de Monaco se restregó los ojos por tercera vez: creía estar soñando.

—Si, señor, si, dijo, si, yo soy: pero ¿de dónde viene V. M.? ¿A dónde va?

—Vengo de la isla de Elba, y voy á Paris. ¿Quereis venir conmigo, Monaco? Sabeis que teneis vuestra habitacion en las Tullerías.

—¡Señor! dijo el príncipe de Monaco que comenzaba á comprender lo que pasaba, no he olvidado las bondades de V. M., y siempre tendré un eterno reconocimiento. Pero hace ocho días apenas que los Borbones me han devuelto mi principado, y no hay bastante

tiempo todavía entre el beneficio y la ingratitude. Si lo permite V. M. continuaré mi camino hácia mi principado, donde esperaré sus órdenes.

—Razon teneis, Monaco, le dijo el emperador: id, id; únicamente sabeis que os aguarda vuestro antiguo destino: no lo proveeré.

—Doy mil gracias á V. M., respondió el príncipe.

El emperador hizo una seña, y volvieron al postillon sus caballos que habían ya puesto en posicion en un cañon de á cuatro.

El postillon volvió á enganchar sus caballos; pero en tanto que el príncipe estuvo al alcance de la vista del emperador, no quiso volver á subir al carruaje, y caminó á pie.

Napoleon fué á sentarse pensativo en un banco de madera á la puerta de una posada, desde donde presidió el desembarco.

Despues, cuando se hubo concluido el desembarco, y siendo tarde, decidió que no se pasaria adelante aquel día, y que se permanecería la noche al vivac.

En consecuencia entró por un callejon, y se sentó sobre el tercer olivo que hay á la salida de la carretera. Allí fué donde pasó su primera noche al volver á Francia.

Ahora, si se quiere seguirle en su victoriosa marcha hácia Paris, no hay mas que consultar el *Monitor*. Para guiar á nuestros lectores en esta investigacion histórica, vamos á darles un extracto bastante curioso. En él se encontrará la marcha graduada de Napoleon hácia Paris, con las modificaciones que su proximidad producía en las opiniones del periódico.

—El antropófago ha salido de su caverna.

—El monstruo de Córcega acaba de desembarcar en el golfo Juan.

—El tigre ha llegado á Gap.

—El rebelde ha hecho noche en Grenoble.

—El tirano ha atravesado por Lion.

—El usurpador ha sido visto á sesenta leguas de la capital.

—Bonaparte se adelanta rápidamente, pero no entrará jamás en Paris.

—Napoleon estará mañana bajo nuestros muros.

—El emperador ha llegado á Fontainebleau.

—S. M. I. y R. ha hecho ayer su entrada en el palacio de las Tullerías en medio de sus fieles súbditos!

Este es el *Exegi monumentum* del periodismo; no volverá á hacer otro ya, porque no podría hacerlo mejor.

Napoleon quiso que una pirámide perpetuase el gran suceso de que el príncipe de Monaco había sido uno de los primeros festigos. Alzóse aquella pirámide á la orilla del camino entre dos moreras y enfrente del olivo bajo el cual había pasado la primera noche. Desgraciadamente quiso Napoleon que aquella pirámide encerrase una muestra de

todas las monedas de oro y de plata acuñadas en el milésimo de 1815.

De aqui provino que despues de la batalla de Waterloo las gentes de Valory derribaron la pirámide para robar lo que encerraba.

Nuestro jóven nos aguardaba á la puerta de la posada sentado en el mismo banco donde se había sentado Napoleon. Aquella pequeña posada que desde aquel tiempo se ha colocado por su propia autoridad bajo la proteccion de aquel gran recuerdo, se recomienda al viajero por la inscripcion siguiente:

«Al desembarco de Napoleon, emperador de los franceses, al venir de la isla de Elba desembarcando en el golfo Juan el 1.º de marzo de 1815. Se da de beber y de comer en honor suyo, pronto y con equidad.

Llegó el mundo á dominar,
Desañó la metralla,
Dió de Wagram la batalla,
Intrepido surcó el mar.
Tanto le mimó la suerte
Que en una continua guerra
Ni en los mares, ni en la tierra
Encontrar pudo la muerte.

Preguntamos al posadero si era su cocinero el que había hecho los versos de la muestra, y habiéndonos respondido que no, le mandamos que nos diese de comer.

Mientras nos disponian la comida nos preparamos á tomar un baño de mar. Apenas por nuestras disposiciones había penetrado el jóven nuestro proyecto, cuando preguntó á Jadin si queriamos concederle el honor de bañarse al mismo tiempo que nosotros.

Nos miramos riendo, y le respondimos que era perfectamente dueño de hacerlo: y que si creía ademas necesitar nuestro permiso se lo concediamos con la mejor voluntad del mundo.

Nos dió gracias el jóven, cual si le hubiéramos hecho un gran favor; despues, para no alarmar nuestro pudor se formó con su corbata una especie de tapa-rabo, y entró en la mar hasta los hombros: y desde allí se puso á mirar nuestras evoluciones. Enfrente de nosotros en el horizonte estaban las islas de Santa Margarita.

Las islas de Santa Margarita, como se sabe, sirvieron durante nueve años de prision á la Máscara de hierro.

Podrán nuestros lectores, si gustan, saltar el capítulo siguiente, que solo por conciencia intercalamos y para satisfacer la curiosidad de los que como yo se bañen en el golfo Juan. Nada perderán en esta disertacion histórica, medianamente divertida.

EL HOMBRE DE LA MÁSCARA DE HIERRO.

Bien calculado hay nueve sistemas sobre el hombre de la máscara de hierro. Dejamos al lector el cuidado de elegir el que le parezca mas verosímil, ó el que le sea mas simpático.

PRIMER SISTEMA.

El autor del primer sistema es anónimo. Está sistema ha venido enteramente hecho de Holanda sin duda bajo el patronato del rey Guillermo. Tal cual es, es el siguiente. El cardenal de Richelieu, orgulloso de ver su sobrina Parisiatis, amada de Gaston, duque de Orleans, hermano del rey, propuso á aquel príncipe que fuese formalmente su sobrino. Pero el hijo de Enrique IV, que si bien queria á la señorita Parisiatis para querida, encontró bastante inoportuno que el primer ministro osase proponérsela para esposa, respondió á esta proposicion con un bofetón. El cardenal era rencoroso: pero como no había medio de tratar al hermano del rey como á Bouteville ó á Montmorency, se entendió con su sobrina y el padre José para tomar de Gaston otra venganza. No pudiendo hacerle caer la cabeza de sus espaldas, resolvió hacerle caer la corona de la cabeza.

La pérdida de aquella corona debía ser tanto mas sensible á Gaston, cuanto que creía ya tenerla. Hacia ya veinte y dos ó veinte y tres años que su hermano mayor se hallaba casado, y la Francia estaba esperando un delin.

Ved aqui lo que imaginó Richelieu, siguiendo siempre el sistema del anónimo holandés.

Un jóven llamado el C. D. R. estaba enamorado hacia muchos años de la muger de su rey. Aquel amor, al que no había sido insensible la reina, no se había ocultado á las celozas miradas de Richelieu, que enamorado también de Ana de Austria no se había alarmado hasta el momento que juzgó conveniente sacar un partido.

Una tarde el C. D. R. recibió un billete de una mano desconocida, en el que le decían que si queria ir á un punto indicado, y dejarse vendar los ojos, le llevarían á un lugar donde deseaba ser presentado hacia muchísimo tiempo. El jóven era temerario y valiente, amigo de aventuras; se halló, pues, en la cita, y se dejó vendar los ojos: cuando le quitaron la venda se encontró en el aposento de Ana de Austria, á quien amaba.

A la mañana siguiente ella fué á encontrar al cardenal, y le dijo:

«Al fin habeis ganado vuestra mala causa,

pero cuidado con ella, señor prelado, y haced de modo que yo encuentre aquí misericordia, y esa celestial bondad con que me habeis lisonjeado con vuestros piadosos sofismas. Y tened cuidado de mi alma.»

Atribuye el autor anónimo á esta aventura el nacimiento de Luis XIV, hijo de Luis XIII por vía de transustanciación. El folleto que se terminaba aquí anunciaba una continuación, que no ha sido publicada. Pero como el anónimo holandés añadía que esta continuación sería la CATASTROFE FATAL de C. D. R., pretendieron que la catástrofe fué el desenbrimiento que hizo Luis XIII de los amores de la reina; y que el premio con que el C. D. R. los pagó fué una perpétua prisión con aplicación de una máscara de hierro.

El C. D. R. era el conde de Riviera, ó el conde de Rochefort.

Este sistema, á nuestro parecer, huele mucho á folleto para tener necesidad de ser refutado.

SEGUNDO SISTEMA.

Este es el de San Foix, y si no admira el mérito de la verosimilitud tiene al menos el de la originalidad. San Foix, como se sabe, era un hombre de mucha imaginación, que no le gustaban las *Bavareas*, y que no quería que gustasen á los demás. Resultaba de aquí que se desayunaba ordinariamente con chuletas y vino de Champagne, y que tenía el defecto de escribir la historia después de haber almorzado.

Leyó un día San Foix en la historia de Hume que el duque de Montmouth no había sido ejecutado en el cadalso como se había dicho, sino en su lugar uno de sus partidarios que se le parecía mucho, y que había consentido en morir por él, mientras que el hijo natural de Carlos II, en el que habían respetado la sangre real por culpable que fuese, había sido trasladado secretamente á Francia para sufrir una prisión perpétua.

A este pasaje San Foix, siempre á caza de cosas novelescas, abrió tanto ojo y descubrió un librito anónimo y apócrifo intitulado: *Amores de Carlos II y de Jacobo II reyes de Inglaterra*. En este librito se decía: «La noche siguiente á la pretendida ejecución del duque de Montmouth, el rey acompañado de tres hombres vino en persona á sacarle de la torre. Cubriéronle la cabeza con una especie de capucha y el rey y los tres hombres entraron con él en una carroza.

Otro testimonio todavía mas importante es el del coronel Helton, en boca del cual pone el autor del librito la relación que era citada por San Foix. Este testimonio era el del padre Saunders, confesor de Jacobo II. En efecto, habiendo ido el padre Tornamin con el padre Saunders á hacer una visita á la duquesa de Montmouth después de la muerte

del ex-rey se le escapó decir á la duquesa: «jamás perdonaré al rey Jacobo haber dejado ejecutar al duque de Montmouth faltando al juramento que había hecho sobre la hostia á la cabecera de la cama de Carlos II al morir, que le había recomendado que jamás quitase la vida á su hermano natural aun en el caso de rebelión.» A estas palabras el padre Saunders interrumpió á la duquesa diciéndola: «Señora duquesa, el rey Jacobo ha cumplido sus juramentos.»

Segun San Foix el hombre de la máscara de hierro no era otra sino el duque de Montmouth salvado del cadalso por Jacobo II á quien Luis XIV al mismo tiempo había prestado las islas Margarita, para su hermano, y San German para él.

TERCER SISTEMA.

El sistema de San Foix había establecido para batar en brecha el sistema de la Grange-Chancel que pretendía sobre el dicho de Mr. Lamothe-Guerin, gobernador de las islas de Santa Margarita en 1178, es decir, en la época en que él mismo estaba allí detenido que el hombre de la máscara de hierro era el famoso duque de Beaufort desaparecido en 1669 en el sitio de Candia. Esta es la versión de la Grange-Chancel.

Desde 1664 Mr. de Beaufort había ya caído por su insubordinación y ligereza en la desgracia, sino aparente, al menos real, de Luis XIV, que perdonaba con dificultad la felicidad que se tenía en haberle agradado, ó la desgracia de haberle disgustado. Mr. Beaufort jamás había agradado al gran rey que no le gustaban rivales, aunque fuesen entre la gente ordinaria.

Hacia el principio de 1669 Beaufort recibió de Colbert la orden de defender á Candia sitiada por los turcos. Siete días después de su llegada, es decir, el 26 de junio, el duque de Beaufort hizo una salida: pero arrastrado por su valor ó por su caballo, no volvió á parecer mas. En aquella ocasión Navailles, su colega en el mando de la escuadra francesa, se contentó con decir en la página 243, libro 4.º de sus memorias: «El duque de Beaufort encontró un grueso de tropas turcas que perseguían á algunas de las suyas. Púsose á su cabeza y combatió con muchísimo denuedo: pero fué abandonado de ellas, y desde entonces no ha podido volverse á saber qué ha sido de él.»

Segun la Grange-Chancel el duque de Beaufort habría sido arrebatado, no por los soldados del sublime emperador, sino por los agentes del rey cristianismo, y en lugar de cortarle la cabeza, lo que hubiera sido mejor para él, fué encerrado por toda su vida con una máscara de hierro.

CUARTO SISTEMA.

Este cuarto sistema, que no estaba muy distante de ser el de Voltaire, había sido difundido con un prodigioso éxito por el autor anónimo de las *Memorias para servir á la historia de Persia*. Como la *Historia amorosa de los pueblos las Memorias para servir á la historia de Persia*, cuenta las anécdotas de la corte de Francia. En ellas se llama el rey *Cha-Abbas*, el delín *Sephi-Mirza*, el conde Vermandes *Giafex*, y el duque de Orleans *Ali-Homajon*; la Bastilla se hallaba designada bajo el nombre de fortaleza de Ispahan, y las islas de Santa Margarita bajo el nombre de la ciudadela de *Domus*.

Esta es la anécdota reducida á su verdadero nombre.

Luis de Vermandois era como se sabe, hijo natural de Luis XIV y de la señorita de la Valliere. Luis XIV le quería mucho como á todos sus bastardos, tanto que aquel cariño habiendo escitado el orgullo que era propio del príncipe, en su presencia, se olvidó en una disputa que tuvo con el delín de las consideraciones que le debía, hasta el punto de darle un bofetón. Era este uno de aquellos ultrajes que la magestad real de Luis XIV no podía perdonar ni aun á uno de sus hijos bastardos. Así, siempre segun las *Memorias para servir á la historia de Persia*, *Giafex* ó el conde de Vermandois, fué enviado á Flandes donde entonces se hacia la guerra. Apenas estuvo en el campo, donde llegó con una buena reprensión de su madre que decía, dice la señorita de Montpensier, que ya se había vuelto un hombre juicioso, cuando el 12 del mes de noviembre por la tarde se puso malo y murió el 19. Sucedió esta desgracia, dice la señorita de Montpensier, á consecuencia de una orgía donde había bebido mucho aguardiente.

Otras memorias hablan de una calentura maligna ó de la peste, pero el autor del cuarto sistema, protesta que se esparcieron aquellos rumores para alejar á los curiosos de la tienda del príncipe, que no había muerto, sino que únicamente se hallaba aletargado por medio de un narcótico y que no volvió en sí sino con una máscara de hierro sobre el rostro.

Segun el mismo autor, *Ali-Homajon*, es decir, Felipe II, regente de Francia, había ido á hacer una visita al conde de Vermandois á la Bastilla hacia el principio de 1723: había resultado de esta visita la resolución de devolver la libertad al prisionero, cuando al año siguiente murió el regente de una apoplejía fulminante. De aquí resultó que el pobre *Giafex* permaneció en la fortaleza de Ispahan de la que por otra parte no tendría gran gana de salir, en atención á que en aquella época debía tener cerca de sesenta y cinco años.

QUINTO SISTEMA.

Pertenece este al baron Heiss, antiguo capitán del regimiento de Alsacia. Hallábase desenvuelto en una carta escrita desde Phalsbourg y fechada el 28 de junio de 1770. Aquella carta fué publicada en la *Historia compendiada de Europa*. Esta es la significación de aquella carta.

Segun el baron de Heiss, el duque de Mantua tenía propósito de vender su capital al rey de Francia, cuando fué disuadido de ello por su secretario Mathioli, el que le persuadió lo contrario, y que se uniese á la liga que en aquel momento se formaba contra Luis XIV. El rey, que creía ya tener en su mano á Mantua, vió escapársele aquella importante ciudad, y habiendo sabido de quién venia el consejo, resolvió vengarse del consejero. En su consecuencia, por orden del rey el desgraciado Mathioli fué convidado por el marqués de Arcy, embajador de Francia, á una gran cacería á dos ó tres leguas de Turin. Allí, mientras acompañaba al embajador en una vereda estraviada, doce hombres á caballo le arrebataron y pusieron una máscara de hierro, y le llevaron á Piñerol. Pero como esta fortaleza se hallaba muy próxima á Italia, le pasaron sucesivamente de allí á las de Santa Margarita, y últimamente á la Bastilla donde debió haber muerto. Este sistema, que no es mas fuera de razon que los anteriores, no obtuvo grande boga. La idea de que el hombre de la máscara de hierro era un extranjero y un subalterno no era bastante para despertar una gran curiosidad.

SESTO SISTEMA.

Este no tiene padre; es uno de esos vagos rumores que corren en el mundo sin que se sepan de dónde vienen ni á dónde van á parar. Así no le citamos sino por memoria.

Segun este sistema, el hombre de la máscara de hierro no es otro sino el hijo segundo del Protector, es decir, Enrique Cromwell, que desapareció de la escena del mundo sin que jamás se supiese por qué escotillon se había hundido. ¿Pero por qué se había de poner una máscara y aprisionarse á Enrique, cuando Ricardo, su hermano mayor, vivía pública y tranquilamente en Francia?

SÉTIMO SISTEMA.

El sétimo sistema está sacado de una obra en octavo publicada en 1789 por Mr. Dufey del Yonne, titulada: *La Bastilla, ó memorias para servir á la historia del gobierno francés desde el siglo XIV á fin del XVIII*. El artificio de este sistema, que tiene además todo el interés de la novela y de la poesía, descansa sobre este pasaje de las memorias de

Mad. de Motteville: «La reina sorprendida en aquel instante de verse sola y aparentemente importunada por algún sentimiento demasiado apasionado del duque de Buckingham gritó, llamó á su escudero y le reprendió por haberse separado de ella.»

Segun Mr. de Dufey, aquel grito dado por Ana de Austria fué el último. El duque de Buckingham mas y mas enamorado fué mas y mas correspondido, como lo prueba la historia de los herretes de diamantes: tanto, que Luis XIII tuvo un hijo que no conoció nunca, pero que Luis XIV lo descubrió y al que por honor á su madre dió una máscara. Segun Mr. Dufey de Yonne, la sangrienta muerte de Buckingham fué muy bien una espacion de su dicha, y no está lejos de creer que el cuchillo de Felton fué no solamente de manufactura francesa, sino de fábrica real.

OCTAVO SISTEMA.

Está colocado bajo la protección del mariscal de Richelieu y pertenece probablemente en propiedad á Soulabia, su secretario. Dice éste que fué tomado de un manuscrito hallado entre los papeles del duque despues de su muerte, y titulado: *Relacion del nacimiento y educacion del desgraciado príncipe sustraído por los cardenales Richelieu y Mazarino á la compiedad y encerrado por órden de Luis XIV, compuesta por el ayo de este príncipe al morir.*

Este ayo anónimo contaba que el príncipe que habia educado y guardado hasta el fin de sus dias era un hermano gemelo de Luis XIV, nacido el 5 de setiembre de 1638 á las ocho y media de la noche mientras cenaba el rey, en el momento en que se hallaba lejos de aguardar, despues del nacimiento de Luis XIV, que se habia verificado á las doce del dia, un segundo parto.

Dícese que habia sido pronosticado este segundo parto por unos pastores que habian dicho por la ciudad que si la reina paría dos delfines seria una señal de grandes calamidades para la Francia. Por muy en silencio y bajo que se refriesen estos rumores, no por eso habian dejado de llegar á los supersticiosos oídos de Luis XIII, el que entonces hizo llamar á Richelieu y le consultó sobre aquella profecía, en la cual sin creer nada habia respondido Richelieu, que en aquel caso era preciso ocultar cuidadosamente al segundo de los dos niños que naciesen, porque podría querer ser rey. Habia casi olvidado estas predicciones Luis XIII, cuando vino la partera á anunciarle á las siete de la tarde que segun todas las probabilidades, la reina iba á dar á luz un segundo niño. Luis XIII, que habia conocido la exactitud del consejo del cardenal, reunió inmediatamente al obispo de Meaux, al canceller, al señor Honorato y á la partera, y les dijo con un tono que anunciaba la disposi-

cion de cumplir lo que se promete, que al primero de ellos que publicase el misterio del segundo nacimiento, le haría pagar su revelacion con la cabeza. Juraron todos los asistentes todo lo que el rey quiso, y apenas habian hecho el juramento cuando la reina, cumpliéndose la profecía del pastor, parió un segundo delfín, el cual fué entregado á la comadre para ser criado en secreto y destinado á reemplazar al delfín si este moría, y si no destinado á la oscuridad si el delfín vivía.

La partera crió al segundo delfín como un hijo suyo, haciéndole pasar á los ojos de sus vecinas por el bastardo de un gran señor cuya crianza le pagaba generosamente. Pero á la época en que el niño cumplió los seis años, llegó un ayo á casa de la señora Perroneta, que así se llamaba la partera, y la intimó que la entregase el niño, que debía continuar criando en secreto como hijo de un rey.

El niño y el ayo partieron para Borgoña. Creció el niño desconocido, pero llevando, sin embargo, en su semblante una semejanza tal con Luis XIV, que á cada instante temblaba el ayo no le reconociesen. Así llegó el jóven á la edad de diez y nueve años asustando á su anciano mentor por las ideas extraordinarias que le pasaban á veces por la cabeza como un relámpago. Cuando un dia en el fondo de una caja mal cerrada que se habia tenido la imprudencia de dejar á su alcance, encontró una carta de la reina Ana de Austria que le revelaba su verdadero nacimiento. Aunque poseedor de aquella carta, el jóven resolvió proporcionarse otra nueva prueba. Hablaba su madre de aquella semejanza milagrosa con Luis XIV que asustaba tanto al pobre ayo. Resolvió el jóven proporcionarse un retrato del rey su hermano á fin de juzgar por sí mismo de aquella semejanza. Una criada se encargó de comprar uno en la poblacion inmediata: aquel retrato confirmó todo lo que habia dicho la carta. Entonces, el príncipe dió un salto desde su cuarto al de su ayo, y enseñándole el retrato de Luis XIV:

—Mirad mi hermano, le dijo, y volviendo los ojos hácia sí: ¿ves lo que soy yo?

No perdió tiempo el ayo, y escribió á Luis XIV, que por su parte se dió tal maña, que llegó un correo ganando horas con la órden de encerrar en la misma prision al ayo y al discípulo. Despues, como aun al través de los hierros de la prision podría reconocerse la contraprueba del gran rey, mandó que el rostro estuviese siempre cubierto con una máscara de hierro bastante hábilmente construída para que sin que la dejase nunca, pudiese ver, respirar y comer. Aquella recomendacion fraternal, segun Soulabia, se ejecutó al pie de la letra.

Este es el tema que han adoptado para hacer un hermoso drama de la *Máscara de hierro* Mrs Tournier y Arnould, que tanta popularidad ha adquirido por su bella ejecucion.

NOVENO SISTEMA.

Este es contemporáneo nuestro y data del año 1837. Ha sido emitido por el bibliófilo P. L. Jacob. Segun él, el hombre de la máscara de hierro no ha sido otro que el desgraciado Fouquet, que aprovechando las consideraciones que le tenian en su prision para ejecutar una tentativa de fuga, fué castigado de aquella tentativa con la noticia de su muerte oficialmente divulgada, y por la aplicacion de una ingeniosa máquina cuya invencion en este caso tambien pertenecia al gran rey.

Como el libro en que nuestro amigo ha desenvuelto este sistema se halla en las manos de todo el mundo, á él remitiremos á nuestros lectores que quieran tener mas detalles.

Todavía hay otros dos sistemas de segundo órden: el uno dice que la máscara de hierro era el patriarca Arwedicks, arrebatado, segun el manuscrito de Mr. de Bouae, durante la embajada de Mr. Fereol en Constantinopla: el otro le hacia un desgraciado estudiante castigado por los jesuitas por un dístico latino hecho contra su órden ó su instituto, y que por recomendacion de aquellos buenos padres, Luis XIV quiso servir de carcelero y verdugo.

Añadamos por último un sistema, el que consiste en no creer nada y en decir que jamás ha existido tal máscara de hierro.

Ahora, despues de las conjeturas, veamos las realidades.

En el intervalo de 2 de marzo de 1680 al 4.º de setiembre de 1684, fué cuando apareció el hombre de la máscara de hierro en Pignerol, de donde fué trasportado á Exilles, cuando el señor de Saint-Mars pasó de la primera á la segunda fortaleza. Allí permaneció seis años, y habiendo sido nombrado Saint-Mars en 1687 gobernador de las islas de Santa Margarita, se hizo acompañar de su prisionero al que estaba condenado á servir de sombra.

Al llegar á estas islas Saint-Mars escribió al señor de Louvois en 20 de enero de 1687: «Daré tambien mis órdenes para que se guarde mi prisionero y puedo responderos de él con entera seguridad.»

En efecto, aquel buen señor de Saint-Mars habia hecho ejecutar espresamente para él una prision modelo. Aquella prision, segun Pigañol, no recibia la luz sino por una sola ventana que caía al mar y abierta á quince pies sobre el camino de la ronda. Aquella ventana, ademas de los hierros estaba defendida por las tres verjas colocadas entre los soldados que guardaban al prisionero.

En las islas Margaritas entraba rara vez en el cuarto del prisionero por miedo de que algun indiscreto escuchase su conversacion. Por consecuencia se mantenía ordinariamente á la puerta y esta entreabierta; de este modo podía al hablar ver por los dos lados del

corredor si alguien venia. Un dia que estaba hablando así, el hijo de uno de sus amigos que habia venido á pasar con él algunos dias en la isla, buscando al señor de Saint-Mars para pedirle permiso de tomar un barco que le llevase á tierra, le vió desde lejos en el dintel de la puerta de un cuarto. Sin duda en aquel momento la conversacion entre el prisionero y el señor de Saint-Mars era de las mas animadas, porque este último no oyó los pasos del jóven, sino cuando estuvo encima de él. Echóse atrás, cerró de golpe la puerta y preguntó lleno de palidez al jóven, si habia visto ó si habia oído algo. El jóven por toda respuesta le demostró que por el sitio en que se hallaba era casi imposible. Entonces únicamente el señor de Saint-Mars se recobró y se reportó, pero en el mismo dia hizo salir de la isla al jóven escribiendo á su padre para manifestarle el motivo de la despedida, añadiéndole: «Que en poco habia estado que aquella aventura no le hubiese costado cara á su hijo, y que se lo mandaba por miedo de que cometiese alguna nueva imprudencia.»

Otro dia sucedió que la máscara de hierro, á quien servian la comida en vajilla de plata, escribió algunas líneas sobre un plato por medio de un clavo que se habia proporcionado y arrojó aquel plato por entre los hierros de la ventana y la triple reja. Encontrólo un pescador á la orilla del mar, y pensando que no podia ser sino de la bajilla del castillo, se lo llevó el gobernador.

—¿Habeis leído lo que está escrito en este plato? preguntó el señor de Saint-Mars.

—No sé leer.

—¿Lo ha visto alguien en vuestra mano?

—Acabo de encontrarlo en este momento, y lo he traído á V. E., guardándole debajo del vestido por miedo de que me tomasen por un ladrón.

El señor de Saint-Mars reflexionó un instante: despues haciendo señal al pescador de que se retirase.

—Idos, le dijo: fortuna teneis en no saber leer.

Al año siguiente un mancebo de cirujano que hizo un hallazgo casi semejante, fué menos afortunado que el pescador. Vió flotar sobre el agua una cosa blanca, y la recogió: era una camisa muy fina, sobre la cual á falta de papel y por medio de una mezcla de sebo y agua y un hueso de gallina cortado á modo de pluma, habia escrito el prisionero toda su historia. El señor de Saint-Mars le hizo entonces la misma pregunta que al pescador. El mancebo de cirujano respondió que sabia leer, es verdad, pero que pensando que las líneas trazadas sobre aquella camisa podian contener algun secreto de Estado, habia tenido muy buen cuidado de no leerlas. El señor de Saint-Mars le despidió con un aire pensativo, y á la mañana siguiente encontraron muerto al pobre mancebo en su cama.

Por aquel mismo tiempo el criado que servía al hombre de la máscara de hierro, murió; presentóse para reemplazarle una pobre mujer; pero habiéndola dicho el señor de Saint-Mars que era preciso que participase eternamente de la prision del amo á cuyo servicio iba á entrar, y que desde aquel día dejaría de ver á su marido y á sus hijos, rehusó suscribir á semejante condicion y se retiró.

En 1698 recibió orden el señor de Saint-Mars de transportar su prisionero á la Bastilla. Compréndese que para un viage tan largo se redoblarían las precauciones. El hombre de la máscara de hierro fué colocado en una litera, delante de la cual iba el coche del señor de Saint-Mars. Estaba rodeada aquella litera de muchos hombres á caballo, que tenían orden de hacer fuego sobre el prisionero á la menor tentativa que hiciese ó para hablar ó para oír. Al pasar por su tierra de Palteau el señor de Saint-Mars, se detuvo un día y una noche. Se verificó la comida en una sala baja cuyas ventanas daban al patio. Al través de aquellas ventanas podía verse al prisionero y al carcelero comer. El hombre de la máscara de hierro tenía vuelta la espalda á las ventanas. Era de alta estatura, vestido de pardo, y comía con su máscara, de la que se escapaban por detrás algunos mechones de cabellos blancos.

El señor de Saint-Mars estaba sentado enfrente de él, y tenía una pistola á cada lado del plato: un solo criado les servía, y cerraba la puerta con dos vueltas cada vez que entraba ó salía.

Por la noche el señor de Saint-Mars hizo poner una cama de campaña, y se acostó atravesado en la puerta del mismo cuarto de su prisionero. A la mañana siguiente volvieron á marchar con las mismas precauciones. Llegaron los viajeros á la Bastilla el jueves 17 de setiembre de 1698 á las tres de la tarde. El hombre de la máscara de hierro fué colocado en la torre de la Basiniere mientras llegaba la noche. Despues de llegar la noche el señor Dujonke le llevo él mismo al cuarto número tres de la torre de la Bertaudiere, cuyo cuarto, dice el *diario de Mr. Dujonke*, había sido habitado con todo lo necesario. El señor Rosanges, que venía de las islas de Santa Margarita acompañando al señor de Saint-Mars, era segun dice el mismo *diario*, el encargado de servir y cuidar al dicho prisionero, que era mantenido por el gobernador.

Sin embargo, en recuerdo de la camisa hallada en la orilla del mar, era el gobernador el que le servía á la mesa, y el que despues de la comida le quitaba los manteles y servilletas. Además había recibido la prohibicion espresa de hablar á nadie ni de enseñar su rostro á cualquiera que fuese en los cortos instantes de descanso que el gobernador le daba, abriendo él mismo la cerradura que cerraba su máscara. En el caso en que se hubie-

se atrevido á contravenir á una ú otra prohibicion, tenían orden los centinelas de hacer fuego sobre él.

Así permaneció el desgraciado prisionero en la Bastilla, desde el día 18 de setiembre de 1698, hasta el 19 de noviembre de 1703. En la fecha de este día se encuentra esta nota en el mismo *diario*: «El prisionero desconocido, siempre enmascarado con una máscara de terciopelo negro (1), habiéndose puesto ayer un poco mas malo al salir de misa, ha muerto hoy á las diez de la noche sin haber tenido grande enfermedad. Mr. Girau, nuestro capellan, le confesó ayer. Sorprendido por la muerte no ha podido recibir los Sacramentos, y nuestro capellan le ha exhortado un momento antes de morir. Ha sido enterrado el martes 20 de noviembre á las cuatro de la tarde, en el cementerio de San Pablo. Ha costado su entierro 40 libras.»

Ahora veamos lo que se ha encontrado en los registros de sepultura de la iglesia de San Pablo.

«En el año 1705, á 19 de noviembre, Marchiali, de edad de cuarenta y cinco años ó próximamente, ha muerto en la Bastilla, y su cuerpo ha sido enterrado en el cementerio de San Pablo, su parroquia, en 20 de dicho mes en presencia del señor Bosarges, mayor de la Bastilla, y de Mr. Reih, cirujano de la Bastilla, que firman.»

Pero lo que no dicen ni el registro de la prision ni el de la Bastilla, es que las precauciones tomadas durante su vida, le persiguieron á aquel desgraciado despues de su muerte. Su rostro fué desfigurado con vitriolo, á fin de que en caso de exhumacion no pudiese reconocerse: despues se quemaron todos sus muebles, se desenladrilló su cuarto, se perforaron las paredes, se buscó por todos los rincones, y se picaron y blanquearon los muros; todo por miedo de que hubiese en alguna parte oculto algun billete ó alguna señal que pudiese dar á conocer su nombre.

Desde el 19 de noviembre de 1703 al 14 de julio de 1789, todo continuó permaneciendo en la oscuridad, tan espesos eran los muros de la Bastilla, tan bien cerradas estaban sus puertas de hierro. Llegó despues un día en que aquellos muros fueron derribados á cañonazos, aquellas puertas abiertas á hachazos, y en que los gritos de la libertad resonaron en lo mas profundo de aquellos calabozos donde todo parecía muerto, hasta el eco que debía vacilar en repetirlos.

Los primeros cuidados del pueblo vencedor, fueron con los vivos. Únicamente se encontraron ocho prisioneros en la sombría y siniestra fortaleza. Corrió entonces el rumor de que algunos días antes mas de otros se-

(1) El color, y la afiecion á lo terrible, sin duda, han hecho tomar esta máscara por una máscara de hierro.

esta habían sido trasportados á las bastillas del Estado.

Despues de la preocupacion por los vivos vino la curiosidad por los muertos. Entre las grandes sombras que aparecian en medio de las ruinas de la Bastilla, se alzaba mas gigantesca y mas sombría que las demas, el fantasma velado con la máscara de hierro. Así corrieron al patio de la Bertaudiere que sabían había sido habitado cinco años por aquel infeliz: pero por mucho que se buscó en las paredes, en los vidrios, en los ladrillos, por mucho que se ocuparon en descifrar cuanto la ociosidad, la resignacion ó la desesperacion habían podido trazar en sentencias, en oraciones ó en maldicion, sobre aquellos misteriosos archivos que los reos se legan al morir los unos á los otros, fué todo inútil, y el secreto de la máscara de hierro continuó en permanecer secreto entre él y sus verdugos.

De pronto resonaron grandes gritos en el patio. Uno de los vencedores había descubierto el gran registro de la Bastilla, en el cual se hacia mencion de la fecha de entrada y de salida de los prisioneros, y que habían sido recibidos y enterrados por el mayor Chevalier. Fué llevado el registro á la casa de ayuntamiento donde la asamblea municipal quiso buscar ella misma por si aquel secreto de la monarquía, oculto por tanto tiempo. Abrióronle en el año 1698. El folio 120 correspondiente al jueves 18 de setiembre, había sido arrancado. La hoja de entrada faltaba. Fueron, pues á buscar la de la salida. La hoja correspondiente al 19 de noviembre de 1703, faltaba tambien como la del 18 de setiembre, y aquella doble mutilacion bien comprobada, quitó para siempre la esperanza de poder descubrir el secreto del hombre de la máscara de hierro.

EL CAPITAN LANGLET.

Quando estuvo lista nuestra comida, el posadero nos hizo señal para que volviésemos: su señal tuvo el mejor éxito, el agua y el aire del mar nos habían dado un famoso apetito; pensamos que aquellas dos causas reunidas habían debido producir el mismo efecto sobre nuestro compañero de viage, que entrando al mismo tiempo que nosotros, acababa de llegar al mismo tiempo que se le estaba buscando. Al vestírnos le preguntamos si no quería participar de nuestra comida, nos respondió que tendría muchísimo gusto si le permitíamos pagar su parte. Le respondimos que en

esto como en el baño podía hacer lo que quisiese, y considerarse como nuestro invitado, ó cambiar nuestra comida, en atencion á que no quisimos herir su delicadeza pagando su escote. Insistió en pagar su parte, y nos pusimos á la mesa: comimos perfectamente.

Durante la comida hicimos mas conocimiento con nuestro jóven, y aprovechando el progreso que íbamos haciendo en su confianza, le preguntamos á dónde iba. Echóse á sonreír con una sencillez que nos encantó.

—Lo que os voy á responder es muy tonto, nos dijo, me preguntais que á dónde voy, ¿no es verdad?

—Si no hay indiscrecion en ello, le contestó Jadin bebiendo con él.

—Pues bien, no lo sé, nos respondió.

—¿Cómo es eso? dijo Jadin, andais vagando pura y simplemente. Permitidme que os diga que esa no es una posicion en la sociedad.

—¡Dios mio! replicó el jóven ruborizándose, si no tuviese miedo de que me tuviérais por indiscreto os contaría mi historia.

—¿Es larga? preguntó Jadin.

—En dos minutos, caballero, quedará concluida.

—Entonces echadme un vaso de ese vinillo; no es malo ese vinillo seguramente, y decid.

En efecto, la historia era corta, pero no por eso era menos increíble.

Nuestro compañero de camino se llamaba Onésimo Chai. Tenía 1,200 libras de renta que le habían dejado sus padres. Era quinto dependiente de notario de San Dionisio, y había venido á Tolon á recoger una corta herencia de 1,500 francos que le había dejado una tia. La casualidad había hecho que nos hubiéramos hallado en Tolon al mismo tiempo que él. En su juvenil curiosidad había hecho todo lo posible por vernos á Jadin y á mí, sin haberlo podido conseguir: en fin, había sabido que marchábamos en el caruaje de Tolon á Frejus, y cediendo á aquella curiosidad, había tomado un asiento hasta Lup, contando volverse desde Lup por Aix y Avignon: pero en Lup el encanto de nuestra sociedad le había fascinado de tal modo que se había adelantado hasta Frejus: en Frejus nos había hecho pedir, como lo hemos dicho, el permiso de comer en una punta de nuestra mesa. El modo amable con que le habíamos concedido aquella peticion, le había seducido mas y mas. Oyéndonos hablar del golfo Juan se había decidido á verlo al mismo tiempo que nosotros, y ahora, pues, que se hallaba en camino, su intencion era, si se lo permitíamos, acompañarnos hasta Niza, pero, añadió, con la condicion bien entendida de que pagaria su asiento en nuestro coche.

Si hubiese sido menos sencillo nuestra convidado, hubiéramos creído que se burlaba de nosotros, pero no podía uno equivocarse en su aire; era la honradez en persona. Le dijimos en consecuencia que si se obstinaba

absolutamente en pagar su parte de carruage, echase él mismo el cálculo, desquitando las ocho ó diez leguas que habíamos hecho sin él, porque no era justo que las pagase. Cogió su lápiz, hizo su resta, hizo la prueba de la resta, y nos entregó 19 francos, 75 céntimos, dándonos las gracias con las lágrimas en los ojos por el favor que le concedíamos.

Subimos al carruage, pero por mas instancias que hicimos á nuestro compañero de viage, no quiso jamás ponerse en el mejor asiento.

Al llegar á Antibes, Jadin le llamaba sencillamente Onésimo. Al fin de la jornada le tuteaba. A la mañana siguiente ya le daba palmadas en el hombro.

Onésimo no habló nunca á Jadin sino con el mas profundo respeto, continuó siempre llamándole Mr. Jadin, y jamás levantó la mano ni aun sobre Milord.

En Niza la amistad de Onésimo con Jadin era tan fuerte, que no pudo decidirse á separarse de nosotros, y se vino en nuestra compañía desde Niza para Florencia. Onésimo no quiso haber dejado á Florencia sin ver á Roma, y marchó con nosotros de Florencia á Roma.

En una palabra, hizo con nosotros casi todo el viage de Italia. Los 4,500 francos de su tia se gastaron hasta el último cuarto. Despues de lo cual se volvió alegremente á San Dionisio, llevando, nos dijo, recuerdos para todo el resto de su vida.

¿Y entonces?... Entonces fué Jadin el que tuvo todas las penas del mundo para poder pasar sin él.

Me he adelantado á los sucesos para hacer conocer en seguida la excelente criatura que era nuestro compañero de viage.

Jadin y él durmieron en el mismo cuarto, y como no estábamos separados sino por un tabique, oí durante una parte de la noche á Jadin que le daba consejos sobre el modo de vivir en el mundo.

Me desperté á las seis de la mañana con un cántico de iglesia. Al mismo tiempo Jadin abrió mi puerta gritándome que me asomase á la ventana.

Pasaba un entierro escoltado por una veintena de penitentes cubiertos de largas túnicas azules, cubierto el rostro con un gran capuchon. Aquellos penitentes cantaban á voz en grito.

Era la vez primera que oíamos un espectáculo de aquel género. Así Jadin y yo nos vestimos inmediatamente. Bajamos de dos en dos los escalones, y nos pusimos á seguir el entierro. Onésimo, que se habia quedado detrás por orden de Jadin para preguntar noticias de aquello á nuestro huésped, nos dijo al alcanzarnos que el muerto era un jóven albáñil que habia tenido la desgracia de caer y reventarse la vispera, y que la cofradía que le acompañaba pertenecía á la iglesia del Es-

piritu Santo y Santa Clara, la misma donde habian sido enterrados en 1811 los veinte franceses de Casabianca.

Esto nos recordó aquel buen capitán Langlet.

Entretanto la cofradía iba al paso de procesion, y cantando á todo cantar, al cementerio.

Queriendo ver como se terminaba la ceremonia, entramos allí con ellos.

Por todo lo largo del camino habia yo ido al lado de un penitente al que mi inmediación alarmaba con grande asombro mio. Diez veces se habia vuelto hácia mi lado de repente sin interrumpir su canto, me habia echado una mirada alarmada, y cada vez se habia echado su capuchon mas y mas á sus ojos, tanto que apenas veia para poder andar. En cuanto á su libro, aunque le tenia abierto por forma, no ponía en él los ojos, lo sabia de memoria. Al entrar en el cementerio, se separó lo mas que pudo de mí, pero fué á caer hácia el lado de Jadin, á quien yo hice una señal para que no le perdiere de vista: comenzaba á ocurrirme una singular sospecha.

Depositaron cerca de la hoya el féretro, que cuatro albañiles llevaban sobre los hombros. Despues de que cada uno fué echando agua bendita sobre el cadáver, clavaron la tapa como ya lo habia visto hacer en el cementerio de Vaux, y bajaron la caja al sepulcro.

En aquel momento los penitentes entonaron el *Libera me*. Yo iba al lado de Jadin, que se habia quedado junto al penitente á quien mi presencia parecia producir una extraña impresion. Cantaba á mas no poder.

—¿Conoceis esta voz? pregunté á Jadin.

—Esperad, me dijo evocando sus recuerdos, me parece que sí.

—Venid ahora por aqui. Le llevé delante del cantor.

—¿No conoceis esa boca? le pregunté.

—¡Aguardad, aguardad! ¡Oh! no es posible.

—Querido mio, ¿hay dos iguales? Lo que no es posible es que esta no sea la de....

—Del capitán Langlet, ¿no es esto?

—Lo habeis dicho.

El penitente que veia que le mirábamos, hacia todo lo posible por desfigurar su rostro.

—¡Ah! zorro viejo, dijo Jadin.

—Chut, dije yo llevándole á mi lado.

—No, no, replicó Jadin, quiero pedirle noticias de Voltaire.

—Aguardémosle fuera, y le preguntarcis todo lo que queráis.

—Teneis razon.

Salimos y aguardamos á la puerta. Nuestro penitente salió uno de los últimos, su capucha mas echada adelante que nunca.

—Buenos dias, capitán, le dijo Jadin dándole una palmada en el vientre.

Viéndose reconocido el capitán, puso la mejor cara posible, y levantando su capucha

nos descubrió su rostro que no tenia nada de la austeridad monacal.

—Y bien, si, yo soy, nos dijo con su acento provenzal: ¿qué quereis? preciso es aullar con los lobos. Conocidas aqui mis opiniones napoleónicas, y mi veneracion por el gran Voltaire, no tengo gana de que me asesinen como á aquel buen mariscal Brune. Ademas, ¿qué es lo que me importa á mi el hábito? El corazon es napoleónico en el alma. En cuanto al libro de horas, ¿crecis que yo sé lo que hay ahí dentro? Yo no sé el latín.

—Pero, capitán, veo que os disculpais y defendeis de cosas que son muy buenas.

—No, es que podeis pensar que yo creo en todas estas tonterías, en todas estas necesidades, que no son buenas sino para las mugeres y para los niños.

—Tranquilizaos, capitán, dijo Jadin, pensamos que sois un farsante y nada mas.

—¡Cómo!... Pues bien, si, soy un farsante, un buen diablo, un buen vividor. ¿Os habeis desayunado?

—No, capitán.

—¿Quereis venir á desayunaros conmigo?

—Gracias, capitán, no tenemos tiempo.

—Haceis mal, os hubiera contado buenas historias de la clerigalla, y cantado canciones bien célebres sobre el emperador.

—Os damos muchas gracias, capitán, pero es preciso que estemos á buena hora en Niza.

—¿Con que no quereis?

—Imposible.

—Pues entonces, buen viage, dijo el capitán alargándonos la mano.

Creímos que le hacíamos un favor en irnos por nuestro lado y dejarle á él que se fuese por el suyo. En consecuencia no quisimos atormentarle mas largo tiempo, y le dimos la mano á nuestra vez deseándole toda clase de felicidades.

Nos volvimos á la posada, y hallamos allí que nos estaba esperando nuestro carruage. Mandamos enganchar á fin de poder marchar en cuanto nos levantáramos de la mesa.

—Pero, nos dijo nuestro posadero con un aire bastante embarazado, yo creo que estos caballeros van á Niza.

—Sin duda; ¿por qué?

—Porque entonces era preciso que los pasaportes de estos caballeros fuesen visados por el cónsul de S. M. Carlos Alberto.

—Pero si están visados ya en la embajada de Paris, dijo Jadin.

—No importa, estos señores no podrán entrar en Cerdeña sino llevan el visa firmado en Antibes.

—Dad vuestro pasaporte, dije á Jadin, es preciso que todo el mundo viva, aun los reyes.

Aumentamos con treinta suses la lista civil del rey Carlos Alberto, despues de lo cual quedamos en libertad de entrar en su territorio.

Aprovechamos aquella libertad para subir

en el carruage. Dos horas despues nos halláramos sobre las márgenes del Var.

La cabeza del puente está guardada por la aduana. Como saliamos de Francia nada teniamos que ver con ella.

Pasamos, pues, altivamente.

Detrás de la aduana habia dos centinelas, con los cuales nada teniamos todavia que ver. Detrás de los centinelas habia un comisario de policia.

Con este ya fué otra cosa. Despues de haber cotejado mis señas con mi rostro, y de haber hecho otro tanto con Jadin y con Onésimo, le ocurrió la idea de que una de las dos señoras que viajaban en nuestro coche, era sin duda la duquesa de Berri. En consecuencia trabó disputa sobre su edad, pretendiendo que no parecia tener los veinte y seis años que decia el pasaporte. El caso era lo mas liosongero para la señora, pero era muy fastidioso para nosotros. Me permití hacer algunas observaciones al comisario. El comisario me dijo que sabia lo que tenia que hacer, y que si no me callaba habia de hacer que me cogieran los gendarmes, y me volvieran á Antibes.

Entonces le dije que mi pasaporte estaba perfectamente en regla.

—¿Y qué me importa á mí, me dijo el comisario, que vuestro pasaporte esté en regla ó no? Me burlo de vuestro pasaporte, y se entró en su barraca.

Vi que el comisario era un insolente ó un imbécil, dos especies con quienes es preciso contemporizar cuando no se tiene el poder en las manos.

En consecuencia me callé, contentándome con desear en voz baja que le diesen un ascenso al comisario, poniéndole cerca de un río donde hubiese agua.

Al cabo de una media hora de aguardar, el comisario salió de su barraca, y nos anunció con un gesto lleno de benevolencia que no se oponia á que continuásemos nuestro camino. En consecuencia pasamos el puente. A la mitad del puente hay un poste; sobre aquel poste está escrita por un lado la palabra Francia, y por el otro hay pintada una cruz, que quiere decir Cerdeña.

Volvimonos para saludar con un último adios el país natal.

Despues, con aquella emocion que he experimentado las dos veces que abandoné mi patria, di un paso.

Un paso habia bastado para pasar el límite que separa los dos reinos. Holláramos la tierra itálica, estábamos en los estados de S. M. el rey Carlos Alberto.